

PASAJE DE CREPÚSCULO

Estaban sentados en un rincón de la cafetería, lo más lejos posible de donde yo me encontraba. Eran cinco. No hablaban ni comían, aunque todos tenían una bandeja de comida intacta. No me miraban embobados como casi todos los demás, así que no había peligro de encontrarme con un par de ojos excesivamente interesados al estudiarlos. Pero no fue eso lo que atrajo, y mantuvo, mi atención.

No se parecían lo más mínimo entre sí. De los tres chicos, uno era grande: tan musculoso que parecía un verdadero levantador de pesas, con cabello oscuro y rizado. Otro, más alto y delgado, era igualmente musculoso, tenía el cabello rubio como la miel. El último era desgarrado, menos corpulento, con el cabello de color bronce despeinado. Era más juvenil que los otros dos, que podrían estar en la universidad o incluso ser profesores aquí en vez de estudiantes.

Las chicas eran dos polos opuestos. La más alta era escultural¹. Tenía una figura hermosa, del tipo que se ve en la portada de *Sports Illustrated* de la edición dedicada a trajes de baño; del tipo que hacía que todas las chicas perdieran buena parte de su autoestima sólo por estar cerca. Su cabello dorado caía en cascadas a media espalda. La chica baja tenía aspecto de hada, extremadamente delgada con rasgos finos. Su cabello corto era rebelde —con cada punta señalando en una dirección diferente— y de un negro intenso.

Aun así, todos eran exactamente iguales. Eran tan blancos como la cal, los estudiantes más pálidos que vivían en este pueblo sin sol. Más pálidos que yo, la albina. Todos tenían ojos muy oscuros, a pesar de la gama de tonos en su piel. También tenían ojeras, moradas como moretones. Era como si todos padecieran de insomnio o se estuvieran recuperando de una rotura de nariz; aunque sus narices, al igual que el resto de sus facciones, eran rectas, perfectas, simétricas.

Pero nada de eso era el motivo por el que no podía apartar la mirada.

Los miraba porque sus rostros, tan diferentes y similares al mismo tiempo, eran de una devastadora belleza inhumana. Eran rostros como nunca esperabas ver, excepto tal vez en las páginas retocadas de una revista de moda. O pintadas por un viejo maestro como el rostro de un ángel. Era difícil decidir quién era más bello, tal vez la rubia perfecta o el joven de pelo color bronce.

Todos miraban hacia otro lado: lejos de sí mismos, lejos de los otros estudiantes, lejos de cualquier cosa, por lo que pude ver. Mientras los estudiaba, la chica más pequeña se levantó con la bandeja —el refresco sin abrir, la manzana sin morder— y se alejó con un trote grácil y veloz que pertenecía en una pasarela. Asombrada por sus pasos de ágil bailarina, la observé hasta que vació su bandeja y se deslizó por la puerta trasera más rápido de lo que hubiera creído posible. Miré rápidamente a los otros, que permanecían sentados, inmóviles.

Fuente: Meyer, S. (2022). *Crepúsculo*. Little, Brown and Company.

¹ Escultural: Como una estatua, especialmente en dignidad, la forma, o la quietud.